desde el muelle despedía á los viajeros; muchos besos al aire, muchas lágrimas, recomendaciones postrimeras, muchos pañuelos blancos agitándose con curvas de palomas...

Comenzamos á andar, comenzó todo á empequeñecerse, gentes, objetos, edificios; únicamente mi pena se agrandaba.

De entonces acá, ha ido mi corazón tan de prisa, que ahora sí puede decir que es un sabio, que posee la mayor de las sabidurías: no sólo sabe leer, nó, también ha aprendido á llorar...

IV

ME HACEN PERIODISTA

paraba yo para el examen de 4º año de derecho, al que había llegado gracias al deseo de mi padre de verme con alguna carrera; pero con descalabros en las calificaciones anuales, no me seducía calcularme de notario ó de abogado y de ahí mi escaso empeño en obtener el título. Y me preparaba sin ningún aliciente, porque ya había yo quedado huérfano, ya no tenía á quien obedecer ni á quien dar gusto; podía seguir mis impulsos propios, tan malos y tan románticos como los de cualquier muchacho de mi edad. La escuela y un humilde empleo, se disputaban mi tiempo y destruían, cada

cual á su manera, mis ideas acerca del mundo y sus pobladores. Quedábanme libres las más de las tardes, que yo aprovechaba con lecturas heteróclitas y solitarios paseos. Durante éstos, tímidos instintos literarios se asomaban á mi interior y me alegraban el pecho; me veía yo periodista, novelista, autor dramático, historiador, poeta, sabio; seguía con envidioso mirar á los literatos en ejercicio, á las reputaciones hechas, y me llamaba yo al orden, traía á mi memoria los bancos helados del colegio, los maltratados escritorios de la oficina y el ensueño volaba, desaparecía ¿ quién había de publicar las lucubraciones que escondía yo como se esconden los actos reprobados? Había dos novelas y un drama á medio concluír, material para un tomazo de versos, y una composición, poética también, publicada en un periodiquillo de caricaturas. Claro que todo valía muy poco, nada si se quiere, mas siquiera simbolizaban lo que me dura todavía, un entrañable amor á la literatura, sin duda porque es femenina desde el nombre y como tal exigente, cruel, olvidadiza, y, cuando se entrega, apasionada y soberana.

En este estado de ánimo, Alfredo Volante, que por entonces escribía de vez en cuando en El Diario del Hogar y posteriormente dirigió el efímero Méximo-Crema, me trastornó un buen día con sus proposiciones:

- ¿Quieres ganarte unos cuantos pesos?...
- Eso no se pregunta ¿ cómo y dónde ?
- Traduciendo del inglés para El Diario del Hogar. ¿ Te conviene?

¡ Yo en un periódico! Con tal de formar parte de una redacción constituída, no digo traducciones de artículos serios, habría aceptado el traducir avisos. Y en el acto nos dirigimos á la imprenta, situada en la esquina del callejón de Betlemitas y de la calle de San Andrés. Por el camino, Alfredo me preparaba; no debía yo manifestar mucho entusiasmo ni mucho desprendimiento; modestias á un lado, él me consideraba competente para la materia, nada insuperable por cierto.

— Fija unas condiciones dignas y quizá después te ofrezcan otra cosa.

Llegamos á la redacción ó más bien dicho, á la administración, la redacción estaba en las piezas interiores, de las que ví salir algunos cajistas en mangas de camisa, sin sombrero, con unas tiras impresas que parecían anhelantes por marchárseles de las manos, según lo que se agitaban y las cabriolas que hazían.

- ¿Y el editor? preguntó Alfredo.

- Anda por la imprenta, le contestó alguien sin levantar la cabeza de su labor.

La imprenta se me hizo inmensa y en efecto lo era; tres piezas y dos galerías, la de los cajistas y la de las prensas. Ahí conocí á Filomeno Mata, editor y dueño del diario; tenía el sombrero echado para atrás y hablaba con la movilidad que le es peculiar, á uno de los regentes.

— Le esperaba yo á vd.—exclamó en cuanto me presentaron á él— dígale á Morales que le dé unos periódicos yankees, ya sabe cuáles son, y póngase á traducir en seguida una excursión al Polo Norte; urge el material para esta misma noche.

Nada le repliqué ni le hablé de condiciones; volví á la redacción, pregunté por Morales, le dí el recado y me señalaron una mesa desocupada. El trabajo era miel sobre hojuelas, elemental; en un par de horas entregué más material del que solicitaban.

Había en la redacción cuatro escritorios, un sofá y dos sillones formando estrado, un gran estante con libros y folletos, y clavados en las paredes, todos los periódicos de la ciudad de México y uno que otro de alguno de los Estados más importantes. En la pieza anterior se hallaba el des-

pacho del editor, donde también se recibía á las personas de suposición; y en la posterior, el archivo, húmedo, polvoriento, lleno de papel embalado, de cosas inservibles; de telarañas viejas y de versos jóvenes; de poemas condenados al olvido y de olvidos que significan un poema.

Fuí, naturalmente, objeto de curiosidad al instalarme á trabajar; saludáronme los redactores con mucho de protección en el gesto y en la palabra. Sólo Francisco R. Morales me abordó con afectuosa llaneza, me hizo los honores de la casa, me ofreció cigarrillos y me dió la mano.

— No me tome vd. á lo serio en mi papel de administrador; soy administrador cuando firmo los recibos, nada más. Y se retiró disertando sobre diversos temas, zumbón, epigramático, risueño; como siempre lo fué durante su corta vida.

Por mi desgracia, pronto concluí el trabajo y se dió mi misión por terminada. Liquidóme Filomeno Mata y al entregarme el dinero, me contempló un momento y me dijo:

— ¿ Quiere vd. encargarse de corregir El Foro? Ganará vd. § 30 al mes, pero tiene que trabajar hasta las 11 de la noche... El corrector que había, se ha despedido hoy.

¿Cómo no aceptar si aparte de que la proposición

halagaba mis tendencias, los \$ 30 me venían de molde para nivelar mi pobre presupuesto? Y comenzó entonces uno de los períodos de mi existencia en que he trabajado más. Por la mañana, de las 9 á la 1, en la oficina; y por la tarde, desde las 3 hasta las 11 de la noche, en la imprenta, con un pequeño intervalo de las 8 á las 9 en que salía á tomar café, cuando los dineros lo permitían, y cuando nó, á tomar el aire.

El tal "Foro", periódico de legislación y jurisprudencia - según rezaban su título y subtítulo - á pesar de que lleva dos años de muerto, para mí será eterno, se me grabó á perpetuidad. Formábanlo cuatro hojas con dieciseis columnas que había que corregir íntegras, sin ômitir ni los avisos, que eran otros tantos edictos, citatorios y notificaciones judiciales. Corregía vo dos veces; las primeras y las segundas, claro, como en todas las imprentas se hace, pero era yo solo, y cuando ya en la noche me sentía abrumada la cabeza, la espalda adolorida y aún los cajistas continuaban su procesión, siempre con pruebas nuevas, ¡ oh ! entonces me ganaba un desaliento invencible que ennegrecía mi juventud y se burlaba de mis afanes.

Dos compensaciones tuve, sin embargo; la lec-

tura á que me entregaba mientras me llevaban pruebas y el trato de Aurelio Garay, un espíritu delicado y susceptible que he perdido de vista hace bastante tiempo. En aquella época, escribía las gacetillas de El Diario del Hogar, y si Luis G. Iza dejaba de hacer sus crónicas semanales, él las suplía. Nadie al ver á Garay hubiera podido creer todo lo que encerraba; su exterior era un perpétuo engaño, siempre desaliñado, la barba sin afeitar, con apabullos el sombrero y la cara de pocos amigos. Tampoco era accesible al principio, sino huraño y desconfiado, pero si se entregaba sin reservas, como se nos entregó á Alfredo y á mí, su trato le hacía delicioso y amable. Su manera de ser reconocía una causa simpática: un orgullo ilimitado personal y literario. Para evitar que los redactores lo miraran mal. eligió una especie de tapanco ó buhardilla que estaba al fondo de la imprenta, más cerca del techo que del piso; y para evitar que las letras lo desdeñaran, leía y estudiaba sin cesar. Él era el dueño de aquel zaquizamí, tapizado con telarañas y con revoque de cal, alfombrado con un polvo antiquísimo, sin más muebles que dos mesas viejas y maltrechas, colocadas ahí de puro inservibles, y tres sillas de estera ordinaria, pintadas de amarillo, de esas que únicamente pueden comprarse en los baratillos de la calle de la Canoa. Todas las reservas de Garay, nacían de que había principiado su carrera de simple cajista y sus méritos y su inteligencia lo fueron ascendiendo poco á poco, hasta el puesto de corrector del "Diario" y redactor de planta, que desempeñaba á maravilla cuando le conocí. Aún me admiro de que me aceptara como co-inquilino de su prosaica morada; de que en unión del carpintero le pusiera á la mesa que me cedió, las dos patas y media que le faltaban; de que me sonriera al llegar y de que muchas noches se fuera conmigo, del brazo, por las calles desiertas y sombrías.

Quedaron nuestras mesas una al lado de la otra, podíamos pasarnos mútuamente los fósforos, las tijeras ó el diccionario; de cuando en cuando, nos consultábamos alguna duda, encendíamos un cigarrillo é iniciábamos una charla sabrosa, expansiva, pero el trabajo enorme nos caía de nuevo, nos encorvábamos sobre las pruebas y sólo se escuchaba el tartamudeo del cajista que leía alto mientras nosotros corregíamos. Al venir la noche, encendíamos las velas y aprovechábamos el entreacto de las primeras á las segundas comunicándonos las impresiones de nuestras lecturas ó los ma-

nuscriptos de nuestros ensayos. 1 Cómo me sirvió Garay entonces! Él que era veterano del periodismo, un cronista de *esprit* y un artista instintivo, puede decirse que pulimentó mi estilo incipiente, que me hizo conocer los encantos y las armonías de la frase espontánea. Rasgaba sin misericordia casi todos mis versos y sujetaba mi prosa á más de una prueba.

-- Escriba usted como habla, me decía, no haga períodos largos ni académicos. Lo que le venga primero, traducir la sensación, ese es el gran secreto.

Garay practicaba su doctrina porque había vivido, porque odiaba la prosa de la vida y amaba á la mujer, porque luchaba con la pobreza, porque tenía una hijita que le costaba lágrimas y privaciones, porque sufría mucho. De ahí el atractivo de sus crónicas, la ligera y elegante amargura de sus revistas teatrales, las caricias discretas y voluptuosas que prodigaba á las artistas, su verismo para narrar los sainctes y los dramas callejeros. Estaba tan arraigado en él el culto á la mujer, que sentía por casi todas una atracción benévola, con uno que otro arranque materialista; arranques, que, en su casa, los rizos negros y las preguntas blancas de su hija se los borraban por completo.

Comenzaba ya á acostumbrarme á mi nuevo género de vida; al exceso de trabajo; á distinguir los errores tipográficos de una sola ojeada; á corregir una cosa y pensar en otra; á llamar al regente por su nombre y á querer á los cajistas, no obstante que son — en todas partes del mundo — los obreros más viciosos á pesar de su contínuo roce con las teorías levantadas, las ideas humanitarias y progresistas, cuando me llamaron una tarde de la administración. Era el mismo Filomeno Mata quien me necesitaba; le hallé de pie, y me habló como de costumbre, con algo de imperio en la palabra rápida, rapidísima, cual si siempre tuviera encima algún que hacer trascendental.

— Por el tren de esta noche, llegan unos chinos que vienen á proponer negocios al gobierno. Es indispensable que El Diario del Hogar sea el primer periódico que se ocupe de ellos. No hablan más que inglés; váyase usted á verlos á la estación ó al hotel en que paren y véngase á escribir lo que le digan para que salga en el número de mañana. Está usted despachado.

Comprendí que si desperdiciaba esa ocasión, me eternizaría corrigiendo pruebas de *El Foro* y no vacilé.

— Pero editor, repuse, no tengo carácter ninguno en el periódico que me autorice á lo que usted quiere; esos señores no me recibirán y harán muy bien.

Sonrió Mata, escribió algo en un papel y ordenó:

— Que impriman en el acto cien tarjetas según este modelo.

Y á la media hora me las entregaron á mí, á su legítimo dueño, y no dí crédito á mi vista. Sin embargo, no cabía duda, era mi ascenso, mi nombramiento, claro se leía:

FEDERICO GAMBOA Redactor de El Diario del Hogar

- ¿ Podré firmar mi trabajo ? - le pregunté al editor, bendiciendo por dentro el Celeste imperio.

- Ese ya no es cuento mío, de usted depende.